

para morir desnuda y entera nuestra muerte.  
Es un chorro, de pronto, como el tronco oloroso  
de un árbol derribado que golpea la tierra,  
Cuerpo blanco de Cristo como un rayo de luna.  
Y tú, que estabas hecho de varonil esfuerzo,  
aceptabas la ayuda de su fulgor inerme.  
Y era el morir pausado de ese Cuerpo en el tuyo  
el paso repetido con que abre el arado  
los surcos, era el manso romper de la semilla  
y el arraigar suave del trigo en la besana.  
Era un níveo, y sumiso, y oculto derretirse  
de la vida en sus miembros y del pan en tu boca.  
Era...

Y tú estabas solo, sin mirar, pero viendo  
lo que tus ojos—pobres pajarillos que, amantes  
de su prisión, se sienten en libertad—creían...